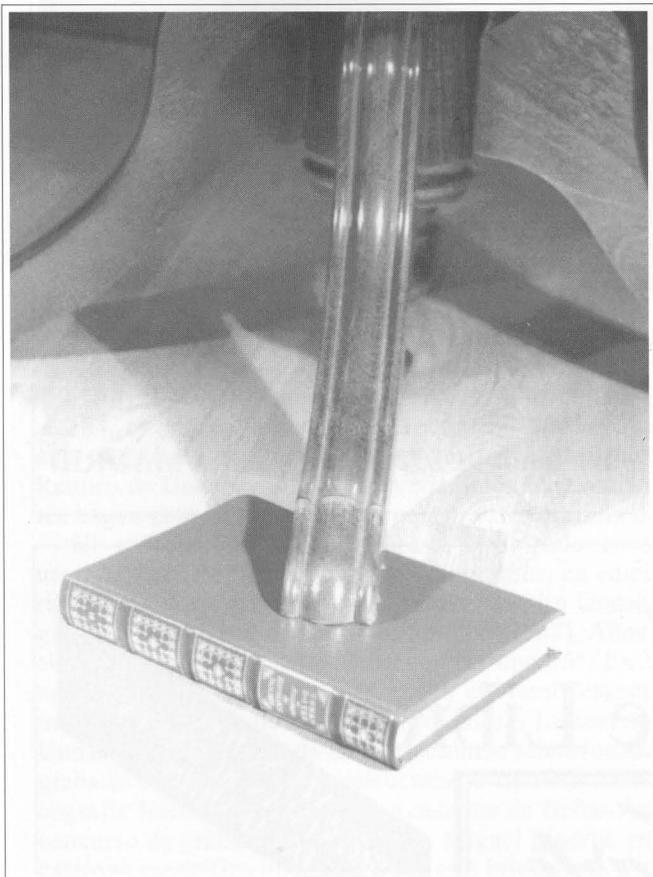


de Víctor Infantes



Vigesimoquinto Precepto. *No emplear los libros para asegurar las sillas o mesas cojas.*

Ni que decir tiene que Cunha sentencia inmediatamente sin contemplaciones: “Eu iria supôr que tal indicação é completamente desnecessaria”. ¿A quién en su sano juicio se le puede ocurrir emplear de sustento a un inocente librito, pues para mucho más no da tan incómodo ajuste?, ni aunque se trate de una separata de ... (ponga aquí, y no allí, el lector a su erudito más envidiado). ¡Es ésta otra de las muchas ocupaciones que los desaprensivos bibliópatas han encontrado para los siempre callados volúmenes! Y eso que hay casos más ignominiosos todavía. Conozco quien usaba de los volúmenes de cierto peso y compacta encuadernación editorial para asegurar las baldas de los armarios, y

decía el muy chapuzas, que eran adecuadísimos, pues al tratarse de una enciclopedia de no sé cuántos tomos, todos eran iguales y le quedaban los entrepaños perfectamente alineados; rematando la fechoría tan ufano con un consejo: “No se puede imaginar lo que duran”. Hay quienes usan los libros, también de colecciones homogéneas y contundentes para afianzar las baldas de las librerías, uno en cada extremo y otro al centro, pero dejando que todo el peso de los volúmenes alineados en el plúteo descansen sobre las cabeceras de las encuadernaciones, y dicen: “¿Ve qué bien quedan?, no se notan”; recomendando para esta práctica tan bricolajera usar el placebo del libro de madera, forrado con la camisa que uno más desee (o más desprecie), y esto sí que queda como mandan los carpinteros. Cunha recoge la anécdota vivida en una biblioteca pública, “da qual me não lembra agora o nome nem a localidade”, de un lector que solicita un diccionario y al preguntarle el encargado de qué lengua, responde que le da igual, con tal de que el volumen sea “grosso e largo”; extrañado el bibliotecario después de servirselo, comprobó que lo quería “para sua commodidade, alterar a cadeira em que deveria sentar-se, collocando-lhe em-cima a Dicionario, e sentando-se elle sobre o livro”. No quiero extenderme con otros muchos ejemplos en que los pobres libros han servido de apoyo, no precisamente intelectual, para tantos desmanes, pero no quiero olvidarme de relatar un episodio vivido no hace mucho, donde en verdad los libros prestaron una benemérita utilidad. Intentaban cruzar a dos terriers de poca alzada y al ser la hembra de más notable altura que el compañero de faena, éste, aunque solícito y decidido, no llegaba hasta el lugar de su canina apetencia, pues cuatro o cinco dedos separaban a su guía de la oquedad deseada; el mamporrero que presenciaba el infructuoso acoplamiento subía con las manos al enardecido macho, pero el esfuerzo se notaba en el inestable pulso y no era cuestión de así permanecer por mucho tiempo. Apremiaba encontrar una estable solución y alguien trajo el sólido volumen de las Páginas amarillas 98/99, Madrid capital (Madrid: Telefónica, 1999, folio menor, 32 pp.+2 hs.+26 pp.+16 pp.+1.804 pp., en rústica), apoyando en él, entonces, el tren trasero casi (casi) se alcanzaba la esperada entrada; pero hubo que aumentar el basamento con un volumen complementario: Idem. Madrid-Sierra (idem, folio menor, 32 pp.+2 hs.+24 pp.+8 pp.+552 pp., en rústica) y ahora sí, el garañón llegó cómodamente con su guía (sobre las otras guías) a cumplir su cometido. La moraleja no se hizo esperar entre los presentes al recordar que: “En las páginas amarillas encontrará la solución a todos sus problemas”; lo que demuestra que no toda la publicidad es engañosa y que los libros, en esta ocasión, ayudaron a una placentera acometida. Tuvieron una edición de seis preciosos tomitos, con dos estados diferentes, que nacieron todos encuadernados. (Se conservan en bibliotecas particulares.)